LA POESIA DE ELADIO CABAÑERO

(Glosa, recuento y comentario del volumen «Poesía, 1956-1970»)

En julio de 1963 apareció una antología titulada *Poesía última,* editada por Taurus, en la que se incluían cinco nombres: Eladio Cabañero, Angel González, Claudio Rodríguez, Carlos Sahagún y José Angel Valente, «como portaestandartes —aunque no lo pretendan— de modos y tendencias muy actuales, aunque distintas...», según el antólogo Francisco Ribes, quien también aseguraba: «En estos poetas apenas hay algo que recuerde la tendencia evasiva y formalista que tuvieron los de la generación del 27 y algunos de la *Consultada* (refiriéndose a la antología realizada por él en 1952), y han dejado bastante atrás las fórmulas vigentes entonces.» Y añadía: «Pertenecen a generaciones cuya primera exigencia es la autenticidad, se rebelan contra todo prejuicio, disparan contra toda hipocresía, no quieren admitir el compromiso.»

Y hoy, a casi ocho años vista, nos corresponde ocuparnos concretamente de uno de estos poetas *portaestandartes,* al decir de Francisco Ribes, con motivo de la publicación de su obra completa, reunida en un volumen de la colección «Selecciones de Poesía Española», de la Editorial Plaza & Janés, bajo el título *Poesía, 1956-1970.* En sus doscientas cincuenta y tantas páginas está junta toda la poesía de Eladio Cabañero, cuatro libros publicados y siete poemas inéditos en libro —el último de 1970—, con un sustancioso prólogo del poeta y crítico Florencio Martínez Ruiz, digno de considerarse como ejemplo en el género.

La vida y el hombre, base de una obra

Indiscutiblemente, nos encontramos ante un caso singular dentro de la poesía española. Con Eladio Cabañero se repite la peripecia inicial de Miguel Hernández, la irrupción del autodidacta, pero de un autodidacta que no lo fía todo en la intuición y en su natural talento literario, sino que además se ha procurado un bagaje cultural más allá de lo básico y elemental, una preparación que podríamos denominar de nivel universitario, con el mejoramiento lógico que le presta una vocación apasionada.

De ahí que desde sus primeros versos, Eladio Cabañero aparezca como un poeta personal, con voz y actitud distinta, con ímpetu de rompimiento y, a la vez, con verdadero rigor en la forma y en la cons-

trucción del poema, que le nace entrañado en la tierra, en su españolísima y llana tierra manchega, que le vio nacer, crecer y partir sin dejar nunca de estar en ella, de llevarla en los ojos como un horizonte único, como un perpetuo seno donde salvarse de cada muerte íntima, donde renacer el amor y tomar nuevas fuerzas para su trayectoria poética y humana.

Porque uno de los aspectos más significativos de la poesía de Eladio Cabañero es su sustento autobiográfico, por ello es imprescindible reseñar que nació en Tomelloso, en 1930, de familia campesina, y en el campo trabajó desde los nueve a los catorce años. Luego se hizo albañil y era oficial en este oficio, cuando en 1956 obtuvo el Premio «Juventud» por su poema «El pan». Seguidamente se trasladó a Madrid, para trabajar en la Biblioteca Nacional y en varias editoriales. Actualmente es redactor jefe de la revista *La Estafeta Literaria*. No obstante, Eladio Cabañero, dueño ahora de una experiencia cosmopolita y habituado a una larga convivencia con intelectuales de todo estilo, sigue siendo el hombre sencillo y noble por raza y carácter que un día se revelara como poeta cierto. Es, en definitiva, un hombre libre que se ha forjado a sí mismo, gastando en ello la vida misma, hasta adquirir una vasta cultura literaria y un sentido crítico verdaderamente asombroso.

«Un rostro general y emocionante»

Hechas estas acotaciones biográficas de Eladio Cabañero, que consideramos esenciales para adentrarnos en el comentario de su obra poética, debemos volver a mirar el momento de su aparición en la poesía española y preguntarnos cuál era el panorama lírico existente en 1956. Pero esta pregunta también se la hace Florencio Martínez Ruiz en su excelente prólogo, y se la contesta así: «Parece ser que el campo está repartido, a partes alícuotas, entre el aleixandrismo, muy mal entendido por sus epígonos, entre los que hace furor y causa, por consiguiente, pavorosos estragos, y el tremendismo —con Blas de Otero o sin él—, que complica el panorama con sus recuelos de todo orden.» Efectivamente, los tintes estaban muy acentuados, aunque existían también voces aisladas, tal vez un tanto fuera de la atención general, que mantenían un acorde al margen de las orquestaciones más generalizadas: poetas de la generación del 27, poetas de la promoción del 36 —Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Leopoldo Panero—, poetas de los primeros años de la posguerra —José Hierro, Rafael Montesinos, Ricardo Molina—, que significaban esa *fórmula de individualidad* que pedía Unamuno

Eladio Cabañero llega, pues, a la poesía española para dar machadianamente palabra a su tiempo, no a someterla a unas circunstancias líricas de estridente grito o de existencialismo a ultranza. Su preocupación, o mejor, su sentimiento ético, no está reñido con lo estético, sabe que es misión fundamental del poeta lograr su fusión para que la poesía tenga virtud de tal y cumpla su fin ante el hombre. Con respecto a lo que entiende qué es la poesía, Eladio Cabañero ha afirmado: «No quiero engañarme: quizá la poesía sea ese número eterno que dicen y quizá por eso mismo no pueda progresar; pero os digo, de amigo a amigo, que, primero que un servidor de ocultos y *misteriosos* poderes, antes que un fanático —un dogmático, pues al parecer la Poesía es un Dogma—, deseo ser siempre defensor acérrimo de lo estrictamente humano. La vida justa y solidaria —injusta e insolidaria—, ése es el amor que me enamora y la música de mi cantar. Si por este camino llego a conseguir que mis versos sean tocados de la tal varita mágica de la poesía, encantado; si no sucede así, mala suerte. Ahora no me interesa otra cosa, otros asuntos. Creo, no obstante, que si una poesía que ahora parece solamente crónica humana, hechos y heridas en crudo, no tiene de momento carga estética suficiente, los quilates que la aleación exacta de vivencia-poesía exige y manda, que de eso habría que hablar, el tiempo venidero elevará estas verdades a categorías poéticas y a valores más importantes aún: a humana fe de vida, a dramático amor, a una épica coral unísona. Estas son las victorias conseguidas por poetas como Antonio Machado, César Vallejo, Quevedo, por sólo citar algunos de los que en poesía española fueron y son ejemplo de conducta a seguir... En cuanto para mí, no sé qué es ni en qué consiste la poesía como concepto a definir. Es falsamente consolador aquello de *yo no sé qué es lo que quiero, pero sí lo que no quiero.* Contando con lo que he escrito hasta la fecha o pueda escribir en adelante, en resumen, la poesía es para mí un rostro general y emocionante.»

Y pocos poetas más fieles a sí mismos podemos encontrar en la última poesía española como Eladio Cabañero, y, sin embargo, y rara avis, difícilmente podríamos hallar un canto y una visión más objetiva de su tiempo y de unas circunstancias históricas.

Una experiencia vital, social e histórica de la Mancha

El poeta es, debe ser, un auténtico transmisor de la emoción y de los valores intrínsecos de su tierra, de los pálpitos sensoriales de su estamento social, la palabra de su tiempo. Para ello debe estar seguro de haber visto lo que no ha visto, como diría Ory, y lo que es más

importante: conocer el ayer, tener la capacidad necesaria para su más legítimo y profundo entendimiento, porque así será más ancha y cierta la valoración del presente. Eladio Cabañero, por vivencia y estudio, conoce la historia y la intrahistòria de su pueblo, lo que de universal tiene en su esencial localismo. Ya decía Gorki que «los proverbios y los refranes formulan con ejemplar brevedad toda la experiencia vital, social e histórica del pueblo trabajador, y para un escritor es imperativo estudiar este material, que le enseñará a apretar algunas palabras tal como se aprieta los dedos para formar un puño, y a despejar otras palabras que han sido sucintamente comprimidas por otros —desplegarlas para revelar cosas ocultas, hostiles a las tareas de la hora, que han estado escondidas en las palabras». Algo así dijo también nuestro Manuel Machado refiriéndose a la copla: «Es el saber popular que encierra todo el saber.»

Y Eladio Cabañero, desde su primer libro, *Desde el sol y la anchura* (1956), pone de manifiesto su profundo sentir popular al exaltar en poemas como «Carrero de la Mancha», «El segador», «Labrador manchego», «Jornalero», «Campesino trágico», «Cantor popular», «Campesina», la gente que representa toda una idiosincrasia que venera porque a ella pertenece, porque la comprende hasta la dignificación, salvándola del tópico, erigiéndola hasta su verdadera representatividad. En este mismo libro, que denota principalmente un dominio formal evidente, como bien señala Martínez Ruiz, hay una segunda parte de indudable riqueza expresiva en torno a temas paisajísticos, costumbres y productos de la Mancha, entre los que cabe destacar por su originalidad el soneto titulado «El vino desahuciado», que hoy figura en las antologías:

Le han quitado el derecho que tenía
este vino a cruzar por nuestra pena;
sin color, turbio y sordo, ya resuena
en el crisol de la destilería.

Si él pudiera escapar, escaparía
del volcán que lo erupta y lo requema
como a una lava hasta dejarlo en flema
y alcohol por bisturís de cirugía.

No habléis del vino aquel que en su alegría
de ser brote y racimo y ser venero,
luchó con su tinaja noblemente.

Ha sido desahuciado. Todavía
puede que esté buscando bodeguero
que lo trasiegue jubilosamente.

«La aparición de *Una señal de amor* —ha escrito F. Martínez Ruiz— afirma la voz original y personal de Eladio Cabañero, y presenta los temas constantes de su lírica: el amor, la soledad, la injusticia, el desarraigo doloroso.» Para nuestro criterio, este libro es uno de los más importantes de poesía española contemporánea. Mas expliquémonos: ante este libro se consuma y se agiganta una convicción propia de todo ser sensible: la necesidad del poeta, de su existencia para el contexto de la humanidad, para el enriquecimiento de su cuerpo místico. Y también otra, que el verdadero poeta es el que no se limita a escribir la vida, sino aquel que primero la vive y luego la recrea. Eladio Cabañero, demostrando cuán consecuente es en su arte, ha escrito: «Nadie está seguro de si la tarea de escribir poesía es necesaria e importante, oímos o leemos frecuentemente. Ni de la necesidad de la poesía ni de la necesidad de nada se está seguro, puestos a pensarlo. Yo creo que la poesía, sin ser al parecer imprescindible para algunas personas, es buena y, por tanto, necesaria. La poesía es *cosa cordial.* A mí me sirve para vivir más y para ser mejor de lo que soy, y admiro a los poetas, a pesar de que hoy muchos de ellos obtienen la poesía por procedimientos industriales —hasta donde esto es posible— y utilizando recetas académicas se pasan la vida sin consolar ni divertir a nadie. A pesar de todo, creo que son sinceros, aunque también que nunca han pensado en serio en ser poetas. Pregunto por eso si se puede creer en la poesía de la masa pareja de poetas actuales, cuyo promedio de calidad y originalidad, cumplidos apenas los más elementales requisitos literarios, es tan igual casi y tan exacta entre sí como el resultado del balance conjunto realizado por varias máquinas de calcular que sumaran y sumaran las mismas sabidas cantidades. Hay demasiados elementos de escuela en la poesía de hoy; faltan los estrictamente individuales. Por eso creo, en principio, que en la literatura cuenta el talento y, además, en poesía concretamente, una previa conducta de hombre y poeta en activo, en la vida y en la historia del arte del escribir y el convivir.»

Una señal de amor (1958) abre puertas al campo de nuestra lírica, consolida una humanización tradicional, diríamos quevediana, con el reflujo espiritual de un carmelitano sosiego, trae una serenidad que se hace un hito, por el que se distingue una profunda tragedia con forma y rostro verdadero, lejos de los tonos melodramáticos de relumbrón en uso y abuso y entrañada en la claridad, por ello sencillamente crea en el lector emoción y expectación, justa percepción de su mensaje: *Yo estoy con los que eligen un amigo, / los que agrupan los nombres*

naturales / para dar riego al corazón, escribe Eladio Cabañero en el poema «La Patria». Y un ejemplo de esa serenidad poética cabañeriana, de su claridad y de su entendimiento de la vida, de su filosofía vivencial, aplastantemente lógica, es el poema «El andamio», posiblemente uno de los más singulares de la poesía española de hoy:

«... Debieran dividir con una tiza el mundo,
separarlo en cuadrículas pequeñas
que sirvan para un cuerpo, para
un hombre solamente,
¿no sobramos ya muchos?,
y a todos los demás darnos la mano
y desearnos mejor suerte en la guerra.»

El aire distribuye, igual que siempre,
sobre la tierra su piedad y su música;
a las tres de la tarde,
la plomada pregunta, los niveles nivelan
y al compás del trabajo piensa el hombre:
«Es mejor, compañero,
dejarse ya de guerras y políticas
—los Estados Unidos y los rusos—
y acordarnos en cambio del abuelo
sentado, bajo un chopo o una higuera,
con cara de barbecho, silencioso.
Ayúdame a amarrar las cruces de este andamio,
ten precaución, sujeta fuerte, no sea
que por mirar un pájaro pararse
o una muchacha hermosa en su ventana,
no queden bien seguros estos postes.
Ata fuerte las sogas por los nudos,
los amarillos puños del esparto,
que a lo peor, cuando estemos arriba,
perdemos pie de pronto trabajando
y no sirve la fuerza y nos caemos.»

No era aquel el momento
de censurar los tiempos tan difíciles,
sino de levantar aquel andamio
mientras el sol mandaba por las calles.

«Compañero,
es mejor ver el trigo allá en los campos
que ver fundir el oro,
es mejor ir al puerto de los barcos de vela
que al de los submarinos,
pero agarra,
vamos a ver si atamos este andamio
mucho mejor que aquel del accidente,

cuando murió el compadre de las barbas
—en paz, amigo mío—
que fue bueno y de Dios, que era creyente
para no ser tan pobre como era.
Ata fuerte la soga por los nudos,
los amarillos puños del esparto...»

Allí no se trataba
de pasarse de listos ni de tontos,
sino de atar mejor aquel andamio
y comprender que el más sabio es el tiempo.

Por otra parte, en este libro hallamos una serie de poemas amorosos, cuya sublimación no solamente reconforta la idea general del amor, sino que se nos antojan plenos de una esencialidad dolorosa muy pocas veces tan abiertamente expuesta por un poeta. Sirva de ejemplo estos fragmentos del poema «Carta»:

Llega un cometa tuyo y familiar
mientras escribo,
reluce rápido, toca mis rodillas
y tiemblo
como un parque al cumplir un nuevo otoño.
.....

Bendito sea el camino
por donde van los pájaros tan sólo,
alabada seas tú
porque sabes vivir a pecho abierto,
porque sabes estar con las espigas
con lo difícil que es mirar el trigo.
Alabada seas siempre,
lucientemente hermosa,
andando por tu casa de tareas
cantando con las manos ocupadas,
que bien estás soñándote
primera predilecta de la Virgen
puesta en medio de muchos resplandores.

Y también este otro del poema «La flor»:

Ahora puedo decírtelo. Sé que busco
en tu pecho un olor redondeando
el pórtico brillante de tu cuerpo.
Pierdo con gusto la esperanza
de ser salvado si no es en tu nombre,
que haya un dios de madera o haya humo
en el estuche mágico que me abras,
es para mí.

Finalmente, no podemos dejar de transcribir, por los mismos motivos y por su belleza metafórica, por sus imágenes personalísimas y por su calidad total, íntegro, el poema «Compañera»:

Amanecí una vez cerca del río;
venía un ciervo tuyo
con la bella cabeza hecha un desorden,
miré y colmabas
los recipientes del sol.
Espadas del otoño
y el sereno limón de tu ventana,
retaron mi corazón fiado en su ternura.
Tapia que gana el empujón del viento,
fui vencido. Quedé solo en la noche,
quedé mirando el mar a tientas.
de mi alma.

Apenas sé tu nombre si estás lejos,
apenas si te escribo, si te refiero y amo.
Te quiero siempre esposa reducida
para decir «mi compañera,
con tus lastres más íntimos me hundes,
la señal de la siembra hacen tus manos
cuando toco tu cuerpo;
frente a la vida estamos:
difícil alpinismo es esta historia».

Qué levantada gracia estar contigo,
compañera,
de ti depende que la luz sea clara.
Por un subir de montes a diario
voy
ajeno a los romeros para verte.
Bien sé lo que te quiero:
ciego condecorado en los dos ojos,
más humano que un pájaro con frío,
a la vida me eché para quererte,
a la vida me eché como quien roba
oro para la imagen más querida.
Hay que tener más rabia que un bandido,
más horror que un suicida
y más furia que el mar,
ser
más frío y más pacífico que el hielo
para tenerte cerca y no apurarte
como un sorbo de agua.

Se conmemora en piedras el olvido,
es demasiado el tiempo para el que ama.
Cuando un amante se retira o muere
y alguien quema unas cartas
que se pusieron amarillas pronto,
a la cuarta pregunta nos quedamos
un poco más que polvo para el viento.

A la desesperada
luchan la muerte y los enfermos pobres.
Aquí avizoro,
el descampado aguanto
como el frutal debajo del pedrisco.
Tú allá cruzas el pueblo
morena clara y rápida,
dejándote vivir y siendo hermosa
para que el agua de mi fiebre suba,
para que se me aumente el corazón,
quizá para que muera.

«RECORDATORIO», UN HITO EN LA POESÍA DE NUESTRO TIEMPO

En 1961 Eladio Cabañero publicó *Recordatorio*. Este libro es el exponente máximo de su persona y el crisol de su personalidad poética. Aquí debemos repetir palabras de Florencio Martínez Ruiz, palabras certeras, criterios que totalmente compartimos con el prologuista: «La presencia de la tierra y el latido de la Naturaleza están expresados sin lirismos entorpecedores. Es más directa su preocupación por el hombre, más profunda su reflexión por el tiempo, más urgente su modulación moral. Si no fuera porque la alta calidad lírica lo ennoblece, diríamos que Eladio Cabañero ha querido llamar al pan, pan, y al vino, vino. Ocurre que su dolor, su queja, su recuerdo, están purificados de vulgaridades y aun de adherencias inoportunas. Su coloquialismo posee toda la sabiduría de una estirpe, toda la viveza de la palabra elemental. Por eso estremece y sobrecoge al contar simplemente unos recuerdos de infancia que si es verdad que comportan una gran carga patética, aparecen despojados de cualquier género de truculencia. Se trata, al fin y al cabo, de algo hecho carne y sangre, experiencia y vivencia, desnudez vallejiana. Su fruición de poeta no reside en las sensaciones de paisaje o de campo tan puramente evocadas, sino en las emociones acercadas según un extraordinario pulso, y aisladas en toda su pureza. Posiblemente existirán pocos poemas escritos en la posguerra española más comunicativos y solidarios que los de este libro.» Nada es exagerado en el anterior comentario, responde a una realidad contundente;

Recordatorio es un libro básico de una época, un hito de la llamada poesía social, una crónica sentimental a través de la historia propia, donde el poeta plantado sobre Castilla se cerciora de que *quien no se comió los huesos propios, / las heredadas venas de los padres / como quien por agosto bebe agua, / no fue digno de nadie.* Desde tan integral y específica convicción, Eladio Cabañero se enfrenta al recuerdo, atempera heroicidades cotidianas, los sudores y las ansias del propio cuerpo, las resignadas penas y las ilusionadas apetencias de toda una ralea pasada por la tragedia:

ANTES, CUANDO LA INFANCIA

(...) Y el campo, ¿cómo era
antes de que aquel cielo, aquellos hombres,
se fueran a la guerra para no volver nunca?
... Vendimiadores tiempos,
una vez en las viñas, vendimiando, una noche
—quiero acordarme, pero ha tanto tiempo—
en la pequeña casa, acabada la cena,
todos bien avenidos se embromaron,
se tiznaron jugando al «San Alejo»,
con la sartén tocaron seguidillas
y jotas a la luz de los candiles;
y luego se acostaron en parva por el suelo
que ya no se cabía
sino en los alambores y en la cuadra.
Eran caras alegres como nunca haya visto.
Era antes de la guerra y yo tenía
de cuatro a cinco años.
Muchos ya no volvieron.
Algunos no volvieron a echar hato los lunes
para irse de semana, de vendimia.
El cielo no volvió ni fue ya claro.
La gente se hizo dura,
y a los niños dejaron de querernos.
Y nosotros, mis primos, mis amigos,
no volvimos tampoco de la guerra:
de repente crecimos, fuimos otros,
nos perdimos igual que se perdieron
de vista, hacia el Oeste, tantas cosas.

Pero volvamos a la poética de Eladio Cabañero, a su concepto de lo social, tan patente en *Recordatorio:* «La poesía social es —debe ser— alta razón de eterna actualidad, de ningún modo un tema de moda. Lo social, intelectual, artística y políticamente visto, ha cerrado su invasor cerco sobre el viejo mundo del individualismo. Pero no estriba ahí solamente la fuerza secreta de solidaridad que impulsa al ser social

poético y al poeta social auténtico a escribir para reivindicar, cantar los valores y derechos humanos que nadie defiende... El tema social, su raíz y problema, es centrífugo y constante en la Historia. Pero en poesía se ha preterido por considerarlo falto de quilates estéticos. Las histéricas manías de grandeza de los poetas que fabricaron un mundo particular para encerrar en él a sus criaturas han agotado, por asfixia, sus posibilidades. En lo que ha de ser auténticamente social en poesía, lo que menos importa ya es la sustitución del *yo* por el *tú*, el *nosotros* por el *ellos*. No es tan simple ni tan cómodo el cambio. La realidad es, por otra parte, más difícil de hallar dentro de una fórmula de expresión que la elisión —si ello es posible— de la realidad, llámese tal "ismo" como se quiera. Entiendo por realidad una verdad (o una serie de verdades) que a fuerza de ser diaria y frecuente se ha constituido en ley. El mundo real y cotidiano es, por tanto, más inaprehensible, misterioso y verdadero que todos los submundos poéticos habidos y por haber. El poema, en cuanto sirva, consuele y exalte al hombre, no puede ser ningún objeto *misterioso*, y si lo es, no lo será más allá del hombre. Importa ser sinceros, peligrosamente sinceros. Y como poetas humildes... Platónica —y un poco más allá de lo platónico— es la filosofía que informa y musculiza lo social. Nada es nuevo del todo y hay verdades viejas asentadas para siempre. Volvamos a ellas si es preciso. Por eso creo, y muchos compañeros míos comparten estas ideas, que nuestro tiempo necesita de poetas morales, no moralistas, porque lo auténticamente social en poesía está empezando. En esta actitud, los procedimientos de obtención y creación poética: forma, tema, etcétera, son accesorios. Todo es cuestión de talante, tono y temperatura. Lo social —triste es ver cómo se adultera su verdadero espíritu humanístico— no puede ser un "ismo" más, asunto de incitaciones pasajeras o acomodaticias, porque lo social es todo un estado general de conciencia, hacia adelante.»

A toda esta teoría es consecuente *Recordatorio*. Muchos aspectos de la misma podríamos señalar reflejados, puestos de pie con virtual validez en los poemas, pero queremos detenernos preferencialmente en uno de ellos. Eladio Cabañero, *peligrosamente sincero* y como *hombre humilde*, va poniendo de relieve, verso a verso, tales condiciones humanas, gracias a su inteligencia lírica. «Los trenes» —que transcribo completo— es un poema capital en muchos órdenes, pero sobre todo prototipo de comunión total con sus principios:

Aquel invierno estuve sarmentando
la viña de mi abuelo, Eladio López,
el que volvía del campo sin camisa

y sin blusa por dar a los mendigos,
pues él creía que el hombre bien merece
ser hermano de todos, no otra cosa.
¿Qué más iba a decir?; aquel invierno
estuve sarmentando aquella viña
que era pequeña, y más de los ajenos,
viendo brillar la escarcha de diciembre
que era fría y hermosa, y tío Candelas,
el podador, hermano de mi madre,
con sus ojos de campo me observaba
mirando el horizonte allá perdido
por detrás de los pájaros volantes.
Tenía yo nueve años. Trabajaba
sin muchas fuerzas. Yo pensaba entonces
en cosas como estas que ahora escribo:
en lo estrecho de pecho que es el hombre
en los tiempos de guerra y de venganza,
cuando la gente aguanta las pezuñas
con odio, acobardada, sin defensa;
todo esto es verdad que lo pensaba
mientras los trenes de Madrid-Valencia
pitaban y yo ataba mis gavillas,
helado y mal vestido, ya hace años...
A pesar que el recuerdo llega turbio
como un documental restrospectivo
con las caras borrosas, todavía
veo que me miraba tío Candelas
atentamente, sí, que me ayudaba
a valerme otras veces o citábame
palabras de la Biblia entre aquel frío
del 40 y su hambre o que rimaba
su coplilla octosílaba manchega:

«Sobrino Eladio, te digo
que no te entretengas tanto
en mirar por Riozáncara
los trenes que van pasando.»

Era que a dos kilómetros pasaban
muchos desconocidos en los trenes,
era que el mundo estaba en otra parte
y nadie ve la vida ni se entera
de casi nada, y era que las gentes
mal se conocen entre sí ni se aman
lejos unos de otros... Yo veía
el tren muy negro y largo en la llanura,
silbante, con su humo y sus bolliscas,
pasar hacia otro mundo de esperanza,
no de engaño y de luto, pues los pobres
dan en creer en la milagrería,

en que unas gentes vendrán a salvarles
en un tren como aquellos que pasaban;
dan en creer los pobres esas cosas
cuando son niños, siempre trabajando
y sin salir del pueblo para nada.

Tras la lectura de este poema, pensamos con Bertolt Brecht que «la ingenuidad es una categoría estética, la más concreta», sobre todo cuando esa humilde ingenuidad encierra la más metafísica de las filosofías. Y ya decía Eugenio d'Ors «que cualquier oficio se vuelve filosofía, se vuelve arte, poesía, invención, cuando el trabajador da a él su vida, cuando no permite que ésta se parta en dos mitades: la una, para el ideal; la otra, para el menester cotidiano. Sino que convierte cotidiano menester e ideal en una misma cosa, que es, a la vez, obligación y libertad, inspiración constantemente renovada», razones que son, sin ningún género de dudas, el quid mágico de este poema, tan expuesto a las claras, tan sobrio, tan ingenuo, tan peligrosamente sincero en virtud de la humildad, hasta el punto de ser razón fundada y fundamental de una época, espejo, película social sintetizada, donde se dan cita dentro del verbo poético, sufrimientos e ilusiones, pletóricos síntomas de vida, en una palabra.

Recordatorio es, repetimos, un libro definitorio. Nada huelga a lo largo de sus versos. Toda palabra aparece precisa y precisada, es justa correspondencia con su temática, principalmente en su parte primera. En ella están incluidos poemas llamados a figurar entre los más representativos de su tiempo, entre ellos el dedicado al poeta Félix Grande, que lleva por título «Desde esta habitación», con el que se puede aprender a sufrir. Lo doy entero:

No sé si estoy despierto.
En este cuarto,
echado «de otro lado» en esta cama extraña,
desorientado de repente
como si el sol saliera por el Norte.
Desconocido
—no es fácil conocerse algunas veces—.
abro estos ojos, tan dados a olvidarse otros días
y aunque no quiera, oh fijas ocres tapias,
oh compañeras duras,
recordar mi niñez «infantilmente»
ni revolver en su escombro querido,
refiero aquel pasado
como lo pide el propio sentimiento.
... Es en la casa de mi abuelo Eladio,
benefactor de los gitanos y de los pobres llorando en el invierno.

Veo entre sueños —tiempo no recordable—
el patio, aquella senda de guijarros menudos;
parece que estoy viendo, sí,
las diez de la mañana de un domingo soleado
y allí, quietas, reunidas, las caras de mis tíos
semejantes al campo obrero nada más, sudor, tierra:
la puerta de la cueva con su cinta azul alrededor;
en el corral se ven los carros, los aperos:
azadas, rejas, tozas, alas de vertedera, estevas,
gradas, envainas, destrales y hocinos,
estrinques y podones y espuertas, todo listo;
noto
las mulas en la cuadra descansando;
pájaros que volaban el cielo por entonces;
y los ruidos allí
—ya el sol iría a su puesta tras las bardas del pueblo
y en soledad harían sombra los terrones en las hazas—,
y los ruidos allí en la casa toda
los días de labor...
Por entre las rendijas de este ensueño,
mi abuela haciendo arrope
atizando la alegre hoguera de sarmientos,
guisando entre pucheros y sartenes
bajo la chimenea;
mi abuelo en su rincón del jaraíz sentado
(veo la escena bien: el piso en cuesta, de baldosa,
las vigas con melones colgados y uvas).
mi abuelo allí, decía,
proponiendo prudente y justo el bien,
hablando de viñeras faenas y simienzas
con el hijo mayor,
o leyendo el Antiguo Testamento en su Biblia de cierres de oro,
vestido con la blusa de luto y la gorra
igual que en el retrato.
¿Cuántos años yaciendo,
cuánta ceniza rasa, qué invisibles designios
castigaron a aquellos seres únicos, ahora
comidos del Señor y de las gentes,
restos ya de unas vidas que hoy no defiende nadie?
Miro todo de lejos,
memoro, nombro, toco oscuro, oh paredes,
saco a relucir vidas, materiales, historia,
de manera que nadie equivocado piense
que escribo algún poema misterioso
sino de alta protesta y de dolor.
Miro entonces despierto
la casa de mi abuelo vendida a gente ajena,
rigor de las desdichas;
las tejas por los suelos;
el pozo aquél del patio, lodado y en ruinas;

los costales del trigo aquellos de pie junto a un tabique,
fláccidos como pasas;
el mosto sin cantares, oxidado, hecho tártalo;
las tinajas cuarteadas, la soledad y el polvo
en donde el vino fuera;
y el queso conservado y la hortaliza en orzas,
el aceite y el pan y las legumbres,
muerte ya intemporal,
nada distribuida entre el silencio.
Ahora, con poca luz,
en esta habitación en donde escribo
despierto de soñar,
dentro de estas
desde tres años ya paredes mías.
En esta habitación puesta, atendida
por mi patrona, pobre como yo
y nacida también en «Sagitario»
(oh habitación aquella de Van Gogh en Arlés,
ensangrentada de amarillo y de llanto),
ahora, aquí, tan lejos
de cuando yo dormía echado hacia el saliente
filmando versos vírgenes y oyendo a medianoche
el sueño de los míos en la casa.
En esta habitación, digo, en donde
quiero cambiar de lado inútilmente
desde hace ya tres años,
donde sueño esta noche y tantas noches
sin saber si despierto,
sin saber si dormido mas mirando, soñando
y como Dios me va dando a entender,
que al nacer yo —lo sé o me lo contaron—,
me llevaron a casa de mi abuelo,
me acercaron hasta su cabecera de enfermo milagroso
poco antes de él morir,
para que me mirase y me dijera
palabras que acompañan sin saberlo,
para iniciar ya allí, oh tapias, la despedida de los que amo,
para que todo fuera ya víspera, murales de esta casa,
paredes compañeras que escucháis (vivir solo no es bueno),
que me libráis a veces
de estar aquí soñando como un ciego, mirando,
de esto de estar aquí, no allí, ya tantos años
hablando de estas cosas,
reprochándome el bien que aún no he pagado a nadie
aquí, en Madrid, esta noche, en esta habitación.

El libro se complementa con una serie de poemas y sonetos, en los que Eladio Cabañero rinde pleitesía a la amistad y a la admiración de unos poetas maestros o amigos, que mantienen el hálito fraternal de todo el conjunto.

En *Marisa Sabia y otros poemas,* libro aparecido en 1963 y que obtuvo el Premio Nacional de Literatura, Eladio Cabañero demuestra una vez más sus cualidades de poeta del amor, haciéndolo en esta ocasión con una intensidad emocionada, con un tono neorromántico, pero sereno, diríamos que renaciente y recapitulador en su concepción. Y es también en este libro donde se acentúa la utilización de un léxico peculiar, se enriquece y engrandece su lenguaje, ya iniciado en los tres libros anteriores, haciendo una labor de importante aportación a nuestra poesía, allegando a ella expresiones campesinas, hasta configurar un vocabulario sin par, originalísimo. Es su último libro, un poemario brillante, encendido, traspasado de júbilo en su primera parte y denso y memorial en la segunda, donde Eladio Cabañero vuelve a cantar la Mancha, su tierra, a Tomelloso, a sus hombres, épica y cálidamente:

> (...) *Eran hombres enjutos, enhiestos como chopos,*
> *braceros de Castilla, sin hiel, gente guerrera*
> *que clavaron arados y azadas hasta el fondo;*
> *que con la misma tierra levantaron sus casas,*
> *que de los huesos mismos extrajeron aliento*
> *entre el gran desamparo de la Mancha.* (...)

Tras del libro *Marisa Sabia y otros poemas,* el volumen se cierra con unos poemas sueltos, el primero de 1959 y el último de 1970. Este, «Autorretrato en segunda persona», es una reflexión desgarrada y dramática, donde el poeta descubre y muestra la gran herida de su vida, alzándose en implacable inquisidor de sí mismo y, a la par, en propio consolador de su dolorido sentir biográfico:

> *Un hombre en retirada: «¿Quién va?» «¿Quién soy?» Silencio.*
> *Es peligroso hablar en primera persona.*
> *En soledad primera nadie acierta, en lo oscuro*
> *no vemos el retrato, oh tropezable piedra,*
> *sombra nuestra empozándose, faz inmisericorde.*
> *No sigas, no. Silencio. Que hablen por ti. Recuerda:*
> *recuerda bien primero aquel llanto remoto.*
> *No aceptes de ti mismo esa foto-robot*
> *sentimental, huidiza, siempre a favor y en verso,*
> *sino la cara entera de tu vivir: tu muerte.*
> *Oyeme —«Tú dirás»—: ¿no ves que estás muy solo?*
>
> *Oye: ¿no ves que nunca, que no hay modo, que nada?*
> *—«Tú que sabes...»—. Peligro. ¡Cállate! ¿No te acuerdas?:*
> *la felicidad era un racimo de uvas,*

diana de los niños. «¿Adónde dan las calles?»
Directa a la vendimia, tu calle daba al campo,
blanco telón de fondo, más allá con preguntas
de la niñez pintora: «ten tiza y pinta el mundo».
Vivías rodeddo de gente amparadora,
de hermanos y hermosura, de rostros cosechables.
De repente una tapia se levantó. Miraste
y la luz era sucia; buscaste a los tuyos,
pero ya estabas solo tras la tapia enemiga.
Muralla de tu historia, bardilla a fusil muerta,
en donde el sol no daba, en donde el sol fundíase
igual que una bombilla rota de una descarga.

Todos ya al otro lado; lo que has escrito, inútil;
un libro no es un hijo; al pan nadie lo quiere.
¿No comprendes que hoy eres el huérfano terrible
capaz de amar a muerte y asesinar de afecto?
¿No sabes que das lástima, que recordarte es lástima?
Nadie rompió a llover en tu larga sequía.
Nadie, amigo, ninguno, en medio del banquete
se atragantó pensando que tú no habías comido.
Qué largo estaba todo. No se llegaba nunca
al racimo sentado, a la lumbre, a la puerta
del domingo, girando para que tú pasaras.

Y del amor ¿qué esperas? —«Qué sabes del olvido»—.
Acaso una mujer, no aquélla, nunca aquélla;
ésa, la que mereces, instanánea, salvífica,
al partir la sandía te hace un sitio en lo rojo,
junto a su corazón te hace un sitio, y te duermes.
Cuánto amor derrotado. Oye: ¿cuántas palabras
habrás desperdiciado, cuántos nombres y cuántas
confesiones vertidas sin que fuera el momento?
Ser bueno es lo difícil. Hay que ser buenos. ¿Fuiste?
Por ahora, lo dicho. Cállate. No respondas.
Para ti nunca nada. Nunca has tenido nada.
Para ti este poema, estos mortales datos.
Mira: cuida tus ojos, tu conciencia, tu Dios,
que estás tan solo, amigo, que hasta has de defenderte
de ti mismo el primero, Eladio. No lo olvides...

Poesía, 1956-1970, de Eladio Cabañero, es una obra que vigoriza nuestra lírica, la obra de un poeta de indudable categoría, dentro de la mejor tradición y en primera línea de su época, tanto por su intención como por su calidad y resultados. Eladio Cabañero está por derecho propio entre los más significativos poetas de los surgidos en los últimos treinta años y el tiempo razonará cuanto aquí hemos glosado, fijará para siempre sus valores.—*MANUEL RIOS RUIZ (Hacienda de Pavones, 66, 3.º A. MADRID-18).*